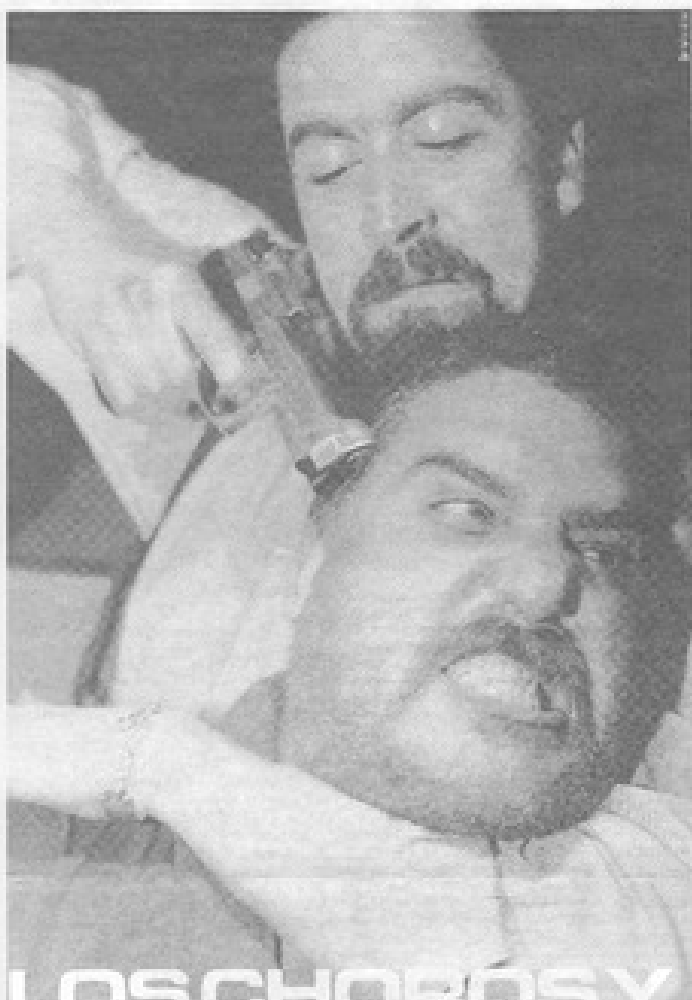






LOS CHORROS Y EL RESPETO

Unas, 11 de la noche. Estamos los cinco parados de frente a la Costanera. Oliver es con las manos en los bolsillos. Achondo, Urbe y Soto van con los bolsos. Y dentro de los bolsos van las pistolas.

Entramos a la salida del Teatro del Puente, frente al Parque Forestal, y nos enfrentamos a la calle, cercando los frentes de las chaquetas, escuchando el río, mirando pasar los autos. Nadie dice nada por un rato. Hace media hora, Achondo y Urbe estuvieron dentro del teatro torturando a Soto. Oliver sacaba fotos. Mario Soto, actor egresado de la Católica, 29 años, estaba sentado en una silla, bañado de sangre, con una tibia en la cara. Después de varios golpes en la guita, en la nuca, en las piernas, y de que le sacaron un pedazo de oreja con los dientes, Mario Soto salió del teatro con un par de manchas marrones en la cara.

El ensayo de Rojas Magallanes terminó hace más de media hora, pero los 10 minutos de ensayo están encendidos. Soto se levanta. Es como si tuviera espaldas modestas. O dicho: Achondo y Urbe tampoco dicen nada. Pasan el ruido con los bolsos cuando caminan. Rojas Magallanes es básicamente una obra de teatro violenta, medio suicida. Es como una película de acción de los señores de la guerra, llena de drogas, pistolas, chistes buenos y chistes malos. Rojas Magallanes, que se presentó por primera vez hace tres años en una oficina, desde ayer, la van a estar

dando en este mismo Teatro del Puente, al lado del Pórtico. Rodrigo Achondo, el director y protagonista del montaje, es el único que se mantiene del elenco general. Se agregaron Mateo y Fabian, el padre maldito de El Choclo, el sentimental. Luis Urbe (que era el hippie que venía de Brasil en RN 2002, también de Anderblú, que están dando en la misma sala) y este tipo calvo con cara de profesor: Mario Soto.

Comenzamos por Costanera, llegamos a Puente Italia. El silencio sigue por un minuto. También ya se nos telegiró, y Soto se toma una micra. El plan es llegar a tomar una cerveza a un lugar cercano. "Yo como que quiero una cerveza helada", dice Urbe. Mientras avanzamos por la Alameda, escuchamos un pequeño grito al lado de un pandero de buque, y a todo nuestro pasar tres panderos contentos.

—Están asustando—avisa Achondo, y yo me pego un poco a la pared.

Una de las cosas, de 16 años, se ve que lleva algo, una mochila, en la mano. Va acompañado de dos niños, no mayores de 12 años. Los tres se suben contentos a una micra que está en el pasadero. Pero al perseguirlos—después nos dimos cuenta, al poco de la cuarta o quinta micra—se sube a la micra y torce la mochila.

Yo lo veo todo desde la vereda. Lo mejor, lo más notable de todo, es que Achondo y Urbe, los detectives de Rojas Magallanes, se miran, asientan y empiezan a acercarse a la presa. Como cazadores,

Rodrigo Achondo y su compañía Anderblú están reponiendo "Rojas Magallanes", su primera obra, llena de balazos y violencia. Y cuando salen del ensayo, no dejan de ser policías. Especialmente cuando son testigos de un asalto.

caminando en puntillas. Achondo y Urbe dejan sus bolsos en el suelo al mismo tiempo. Los abren. Y empezamos a cachar, van a sacar sus pistolas de fuego de la obra. Es en serio.

En la calle, polvo y lanza siguen persiguiendo. Lanza saca un cuchillo, pequeño, pero más grande del que yo uso para la manteca. Polvo lo esquivó. Lanza decide dar una patada en la cara, pero pasa de largo, la mochila cae al suelo.

Cuando parece que Achondo y Urbe están a punto de entrar a dar balazos y llevamos el lanza de vuelta al punto, al polvo para la mochila y avanza contentos. La escena se dobla, la acción se acaba. Volveremos a Chile. Vemos a La Temiza, y pedimos las cervezas.

A Achondo lo asaltaron una vez, cuando tenía unos 19 años. No ganó militar nada. Nada muy grande, le robaron un pañuelo, pero de ahí que lleva cuatro obras de teatro con los mismos temas de violencia callejera. A Urbe una vez le pegaron en la cara y le quitaron una chaqueta. "Cuando le asaltan, de dices con trauma. No quería salir más a la calle", dice Achondo. "Yo sé que si me asaltan y me pisan en mata, yo lo mato. Lo puedo pegar tan mal, que lo bato, lo pego en la cabeza y me lo echo".

El bar está sucio e iluminado. "Una vez, cuando montamos por primera vez el Rojas salimos persiguiendo a un lanza en San Diego pero tampoco logramos mucho", se acuerda Achondo. En la calle le sale lo justiciero. Pero tampoco le da para andar salvando gente. "Es heavy ver estas cosas. Pasan todos los días, pasan acá, no en las películas". Sus dotes, agrega, no hacen más que mostrar esas cosas.

Urbe está mirando. Sabores su echo. Le vuelve a salir el personaje.

—Yo está lo voy a devolver. Esto no es cometa. Quiere una cerveza de verdad.

—¿Qué le pasa?—le pregunta Achondo.

—No está helado—dice Urbe. Nosotros tomamos las cervezas con la mano, y claro, heladas heladas no están.

—No está helado, no tiene ni escarcha—matas.

Yo miro a Achondo, que parece cansado de risa.

—No crea que le pesquen, qué le creas.

Llega el garzón.

—Oiga...—le dice Urbe al garzón que llega, y al garzón lo mira tratando de entender la pregunta. ¿Que está cuestion, mira... me gustan los chicos helados... ¿yo tenía helado?

—Está helado, pero no puede estar más helado—trato de articular el garzón, choro pero tartamudo—A ver, venga para acá—dice al final.

Luis Urbe se para, y parte a la barra con el garzón.

—Pa' qué hace eso—pregunta Felipe Oliver, el iluminador.

escenógrafo de Anderblú. Ahora se va a vengar y ya se va a tirar un escape a los completos.

Oliver y yo, que pedimos completos, nos quedamos pensando y vemos un poco el partido de fútbol que están dando en la tele.

"Ya hacer teatro es difícil. Y el teatro es comprometido. Yo he trabajado con actores burocráticos, pero que no se han comprometido con lo que hacemos. Eso es un trabajo que no me interesa. Cuando uno actúa, hace un ser humano. Y eso merece respeto", dice Achondo. Le interesa el respeto, y tiene algo muy claro que decir al respecto. "Ya la base de mi trabajo y de todos los que hacemos teatro. Y el teatro está lleno de hippies, donde todo se arregla por la buena onda, que prestamos las pistolas para hacer otra obra, que damos otras gratis cuando pueden pagar la entrada. Y me cargan los hippies. Yo no soy hippie. Soy profesional, y espero respeto por ser profesional. Espero que cuando venga a verme otro actor no me pise el escenario, o que cuando vengan las críticas no vengan a compararlo a las funciones, o que digan que han visto obras que no han visto, o que le vayan a felicitar cuando les cargan las obras. Todo eso es una falta de respeto. Es pasarnos a llevar. Mi papa ve las obras y al principio nunca la gustaban las cosas. Pero me lo dice o se quedaba callado. No era hipócrita. Si alguien le cargan estas obras, si las encuentran muy buenas, o muy malas de balazo o muy buenas, me carga que me digan que les encantaron. Porque se les nota". Urbe vuelve con dos chafos, el nuevo y el anterior a medio tomar. "RN al", dice. Nos mira, y hacemos el vaso. Toma un trago y sabores serio: "Bastante más helado".

591060

Carla Ruiz



Los choros y el respeto [artículo] Gonzalo Maza

Libros y documentos

AUTORÍA

Maza, Gonzalo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los choros y el respeto [artículo] Gonzalo Maza. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile